

tan mal sientan á la actitud erguida que nuestra juventud debe ostentar.

Conviene también que hagamos oír nuestra voz en la junta de individuos que elabora el programa. En esa pieza magna, síntesis de nuestra aspiración actual, debe tener capítulo especial la obra de la enseñanza pública. No es posible que tan importante materia continúe abandonada á los oleajes del interés político que tan pronto la eleva como la sumerge en ese caos de la ignorancia presuntuosa, que al ser investida de autoridad por el acaso, se supone poseedora del manejo de las ciencias todas. Esa luz radiante que ilumina los pueblos, debe colocarse lejos del contacto de los atrevimientos improvisados, si se quiere obtener de ella los grandiosos resultados que es lógico pedirle. Por ella os invito á luchar con denuedo, compañeros.

Con la brevedad que el caso demanda, queda aquí expuesta una parte de los anhelos que hemos venido á sembrar en estos surcos que hoy abre en la política del país un gallardo impulso salvador. Mis compañeros tratarán otras cuestiones no menos importantes que estas que en suerte me tocó plantear ante vosotros. Serán todas ellas la causa por la cual hemos de luchar con todas nuestras energías. Si las aceptáis con entusiasmo de verdadera y profunda convicción, aquí nos quedaremos; ellas son el precio de nuestra activa colaboración. Si las desecháis, volveremos á nuestros rincones de olvido á soñar otra vez con esas flores rojas de aroma penetrante, únicas capaces de embalsamar la fetidez de los pantanos sociales que ya ningún esfuerzo humano pacífico logrará secar.

No olvidéis, compañeros, que la juventud es en la Historia el exponente de las épocas. ¿La nuestra será de redención ó de vileza?

Vais á decidirlo desde luego. Recordad que es necesario constituir este baluarte sobre inmovibles pedestales, porque el momento es decisivo. La juventud es arrojada y temeraria. Puede que en la lucha que estamos preparando, se enfrente una vez más la tiranía vencida ayer con la coraza del oro vencedor que está sitiando por hambre los fueros de nuestra soberanía.

Hagamos, pues, sobre estas bases de pureza insospechable que os he propuesto, un grupo disciplinado, valiente y temerario que trabaje con calma, con inteligencia y con cordura y pueda al fin, si el caso llega, hundir para siempre entre el fragor de una hecatombe, la pobre nave averiada que perdió en la brega la facultad de su manejo propio.

Luego don Rubén Coto Fernández, imponiéndose á la aclamación entusiasta que el anterior discurso produjo, habló en los términos que sigue:

#### COMPAÑEROS:

Torna la conciencia del país á encauzar por las veredas de la agitación política. El pensamiento de la colectividad, como viento atronador, arrumba

nuevamente hacia esas manifestaciones de la actividad de los pueblos en las que el desencanto, con extraña fuerza, no tardó en florecer, que son la piedra de toque en donde los caracteres se aquilatan y en las que es frecuente que los hombres en ellas empeñados caven, con la herramienta de la inconsecuencia, el hoyo en que ha de yacer por siempre su propio cadáver, en el cementerio del desprestigio. No ha sido bastante á vencer nuestros bríos de eternos soñadores el crecido manojito de cardos, los desencantos, que abrumba nuestras espaldas sin doblegarlas. Fresca aún la huella de la catástrofe política de ayer, embrazamos de nuevo la adarga, espoleamos los hijares de nuestros entusiasmos, ese rocinante audaz, y acometemos la empresa otra vez, henchidos los pulmones en el oxígeno de una acaso última esperanza.

La experiencia, esa vieja sentenciosa y grave, nos ha dicho al oído en más de una ocasión que no es este el campo que deba romper el arado de nuestros anhelos juveniles, que no es aquí en donde deba levantarse el mástil de nuestra bandera, que la tienda de nuestras gallardas aspiraciones debe ser plantada en otra vía más amplia, más dilatada, allí donde un sol de escarlata riega á torrentes el carmín de su luz.

Con todo, una postrera reflexión, suave rompiente de esmeraldas, ha venido á batir en la playa de nuestras silenciosas, tranquilas meditaciones. Y qué, nos hemos dicho al fin, fuerza es acaso que nuestros leales intentos hayan de sucumbir siempre? Fuerza es que el mal siempre haya de triunfar? Es que estaría de más otro, un último esfuerzo? Modelada esa reflexión, he aquí que acudimos resueltos al llamamiento que se hace á la juventud. Para corresponder á tan amable cita, traemos bajo el brazo un modesto cargamento de materiales; vosotros diréis si pueden ser utilizados en la construcción de que somos operarios.

El grupo que ahora se funda, la asociación que ahora se levanta, preciso es, ante todo, que se señale por su carácter de marcada conciencia; que no sea una de tantas eventualidades de la vida, ni uno de tantos pretextos creados para disimular el paso de las horas.

Al levantar este estandarte—el de la idea que aquí nos congrega—asumimos un compromiso de honor ante el país. He ahí por qué no debe de haber el menor asomo de inconciencia en el grupo que se funda esta noche.

Carácter primordial de la asociación debe ser el de una marcada independencia: los jóvenes capaces de comprender sus deberes deben prescindir á todo trance de mentores que nunca cumplieron otra misión que la de poner diques al oleaje, á veces sereno, huracanado á veces, del risueño mar de los entusiasmos primaverales.

La tarea que vamos á vencer es grande y en ella debemos empeñarnos vigorosamente. La tribuna que se nos encomienda en la justa electoral que ya viene, ha de ser un jardín de florecencias de todos los matices, nunca una charca; nuestra campaña ha de ser doctrinaria, la idea de que vamos á sem-

brar, de que vamos á hablar á multitudes conscientes, no á muchedumbres, debe informar nuestra obra en todas las ocasiones.

La vida de nuestro grupo conviene que no sea fugaz: en el estandarte que ahora alzamos va escrito un puñado de anhelos que no podrán cumplirse en el plazo efímero que aquí es usanza conceder á esta clase de asociaciones.

Pasada la efervescencia política actual, nuestra tarea no habrá terminado; es entonces cuando la eficacia de nuestros propósitos se pondrá de manifiesto: el grupo seguirá independiente siempre, y esa independencia le colocará en dos situaciones respecto al Gobierno: si á éste le sobreviniesen con la aplicación de cualquier estatuto exponente de justicia, responsabilidades de tal trascendencia que, para vencerlas, llegare á necesitarse de nuestro arrojo, preciso será entonces compartir con el Gobierno tales responsabilidades; y, en el caso contrario, si los hombres que hayan de mandar, quisieran echarse por los trillos de la arbitrariedad, nuestro labio estará obligado, en tal evento, á ser el primero en modular, á hacer vibrar la protesta.

A esta hora de la gestión política, la desconfianza popular formula al paso de los que andamos en estos trajines una cuestión que más que otra cualquiera, urge resolver.

Se trata de un punto capital cuya solución ha de decidir del resultado de la jornada que ahora emprendemos. ¿No os parece—se nos pregunta—que una vez más váis á ser arrollados por el huracán de las intemperancias del Poder?—La razón que esa duda encierra, la amarga experiencia que la provoca, sí que convidan á detenerse á contemplarla. Dada la posibilidad de un nuevo escándalo político, de una nueva afrenta al derecho, lo que no sería, por cierto, una novedad, debemos ponernos en condiciones de contrarrestar con la fuerza las clandestinas, nefandas influencias del Poder. En Costa Rica lo que hace falta no son ideas, hay tantas como flores, y en cada esquina es frecuente topar con rebeldes teóricos, de esos que ya son una plaga y que constituyen la más peligrosa amenaza para la idea misma. Lo que hace falta no son las ideas, lo que urge encontrar son corazones que las sepan sentir, hombres que las quieran defender; los apóstoles platónicos huelgan en Costa Rica. Encariñémonos con las ideas, amemos las de libertad y estemos resueltos á comprarla á cualquier precio. Y si hubiere ministerios en donde se preparen explosivos para arruinar las libertades, que haya laboratorios á la vez de donde salgan bombas para derribar ministerios. En otras partes se organizan cacerías para acabar con los lobos, organicémonos también nosotros para dar caza á los sátrapas. Debemos preveer cualquier ultraje al decoro de los ciudadanos y estar resueltos á ensayar el más alto, el más grande, el más noble de los humanos derechos, el de la revolución armada.

Somos la juventud, y debemos responder á la esperanza que pudiera tenerse en nosotros. Somos la juventud, y debemos ser la acción, la acción en mar-